



Las Aventuras de  
Sira Thayn



## Prologo

Sira Thayn no era una mujer común, y ni siquiera en su aldea —donde lo extraño era parte de la rutina— pasaba desapercibida. De cabello trenzado en la nuca con cordones de cuero, piel marcada por el viento y las brasas, y ojos que parecían haber observado más de lo que su juventud sugería, caminaba con la firmeza de quien no teme a la intemperie. Vestía ropa hecha por sus propias manos: cuero trabajado con grasa de lanudo, fibras vegetales trenzadas y, siempre, una capa corta que la protegía del rocío y la observación ajena. Pero lo que más llamaba la atención era el colgante que llevaba siempre al cuello: una espiral de piedra volcánica, negra y opaca, cuya forma parecía absorber la luz sin reflejarla nunca. Ese símbolo, pequeño pero constante, era su signo y su compañía.

Vivía sola en los márgenes del Bosque Sombrío, en una cabaña de barro y corteza, apartada incluso de los otros solitarios. No era por hostilidad ni por desconfianza, sino por elección. Se alimentaba de lo que cazaba y recogía, preparaba su propia ropa y herramientas, conocía las plantas del entorno como si las hubiera parido. En los inviernos largos mantenía la

mente ocupada fabricando trampas, pulidores de sílex, tintes y ungüentos. Y, aunque no hablaba con casi nadie, mantenía viva la memoria de su madre en canciones apenas murmuradas.

Su madre había desaparecido una noche, cuando Sira apenas alcanzaba la adolescencia. Sin dejar huellas ni despedida. Solo le había dejado una frase en la memoria: "Cuida la espiral. Cuando vibre, sabrás que ha llegado la hora."

Durante años pensó que eran desvaríos de mujer marcada por la soledad. Hasta el día en que el anciano apareció.

Llegó desde el norte, cruzando las lindes del bosque como si supiera exactamente dónde encontrarla. Iba maltrecho, cubierto de polvo, la piel cenicienta por el frío. No portaba más que un zurrón medio roto y una mirada que parecía llevar siglos de viaje. Sira lo ayudó sin preguntas: le dio agua, lo sentó junto al fuego, le curó las heridas más urgentes. Él apenas hablaba. Solo la miraba, como quien contempla algo perdido y encontrado al mismo tiempo.

Esa noche, el viejo despertó sobresaltado. Tomó la mano de Sira con una fuerza imposible para su estado y le susurró:

—La espiral. La espiral me trajo aquí. Estás al borde del eco.

Ella intentó calmarlo, pero el anciano no soltó su muñeca.

—Bajo los pilares... la piedra... el corazón duerme aún. Pero no por mucho. No todos pueden oír el eco. Solo los marcados.

Y antes de morir, murmuró una última frase, clara, firme, sin delirio:

—Tienes el eco. Solo tú puedes oírlo. La espiral sabe el camino.

Ella no comprendió entonces. No sabía de qué eco hablaba, ni qué camino señalaba. Pero algo en su pecho vibró al oír aquellas palabras. Un estremecimiento sutil, como si el colgante que colgaba de su cuello — aquella espiral de piedra volcánica que había llevado desde niña—, latiera con una voluntad ajena. Por primera vez en años, sintió que no estaba sola del todo. O peor aún: que quizás nunca lo había estado.

Esa noche, no durmió. Sentada junto al fuego, observando el cuerpo sin vida del viajero, repasó una y otra vez cada frase, cada gesto, cada palabra. ¿Cómo sabía su nombre? ¿Por qué hablaba de la espiral como si fuera más que un amuleto? ¿Por qué sentía, contra toda lógica, que su vida estaba a punto de cambiar?

La idea de partir no nació como un pensamiento, sino como una ausencia. Una ausencia de propósito en la quietud que hasta entonces le había bastado. De pronto, su cabaña, su bosque, su vida cuidadosamente tejida, le parecieron jaula más que refugio. Lo que antes era plenitud se tornó asfixia. Algo —quizás una memoria olvidada, quizás una intuición— le susurraba que había estado esperando ese momento desde mucho antes de que ocurriera.

Y entonces recordó las palabras de su madre, muchos inviernos atrás, antes de desaparecer sin rastro: "No todos los caminos se andan con los pies, Sira. Algunos esperan bajo la piel, hasta que alguien o algo los despierte."

El anciano no había sido un mensajero cualquiera. No podía haber llegado allí por azar. Había recorrido medio mundo, por lo que decía su acento y su desgaste, solo para morir a sus pies. Era absurdo, sí. Pero no podía ignorarlo.

Pasó horas de pie frente a la colina, donde el cielo comenzaba a teñirse de los primeros resplandores. El aire olía a tierra mojada y a despedida. Dentro de ella algo se desgarraba: una parte le susurraba que permaneciera, que siguiera viviendo como siempre, entre musgos y líquenes. Pero otra —más antigua, más profunda— reclamaba lo contrario. Reclamaba acción.

No era solo curiosidad, ni siquiera promesa de descubrimiento. Era una certeza sin forma: que más allá de su pequeño mundo, algo la esperaba. Algo que tenía que ver con su origen, con su sangre, con la espiral misma.

Ese mismo día enterró al anciano junto a la piedra blanca, marcando su tumba con la lanza hincada en el suelo. Luego recogió su zurrón, su honda, sus cuchillos. No llevaba mapa. No tenía un destino claro. Solo sabía que

debía dirigirse hacia el este, hacia las tierras más allá del río seco, donde el suelo crujía como huesos bajo los pies.

Y partió. No con esperanza, sino con convicción. Porque a veces —lo sabía sin saber por qué—, el eco no se oye con los oídos, sino con el alma. Y la suya ya había respondido.

